

# Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor

Textos de las intervenciones en el acto de CEDRO celebrado en Salamanca el 20 de abril



© F. Moreno

## Espido Freire / *Escritora*

*Licenciada en Filología Inglesa y diplomada en Edición y Publicación de Textos por la Universidad de Deusto, Espido Freire se convirtió en 1999 en la autora más joven galardonada con el Premio Planeta gracias a su novela Melocotones helados. Ha cultivado además la novela juvenil (La última batalla), el relato corto (Cuentos malvados), el ensayo (Querida Jane, querida Charlotte) y la poesía (Alondra blanca) Su obra más reciente es la novela La diosa del pubis azul, escrita en colaboración con Raúl del Pozo. Es socia de CEDRO desde el 2003.*

Con cada buen libro se inaugura una generación nueva, un código distinto: el de los que se sentirán unidos y cómplices en el amor o el odio por esa nueva edición, los elegidos por el autor, esos que sienten que el libro fue escrito por y para ellos, como si la voz del escritor, muchas veces ya muerto, fuera capaz de saltar por encima de idiomas, de naciones, de siglos, para susurrar a su oído exactamente aquellas palabras, las justas para resultar inolvidables.

Con cada buen libro se hermana a gentes extrañas, se enseña a leer, se encienden linternas debajo de la manta, se apaga un televisor por un rato, se acalla a un niño nervioso, se entretiene un tiempo muerto. Se viaja a través del papel, porque los viajes rea-

les son a veces largos, tediosos e intercalados de esperas.

Con cada nuevo árbol se tiende una red para pescar peces del futuro. Un árbol, un roble, un castaño, un cedro nuevo, contiene la promesa de un bosque entero, de un territorio verde que en todas las civilizaciones ha sido la visión del paraíso. Un árbol nuevo hace fantasear con el futuro, con lo que esas ramas extensas verán y a qué, a quiénes sobrevivirán. Los que descansarán del cansancio obser-

vando por un momento el equilibrio de su tronco. Como los libros, los árboles imponentes nos hacen reflexionar sobre nuestra pequeñez. Duramos poco, somos polvo sobre las rocas. Nuestras palabras, a menudo, perduran más que nosotros.

Por eso, por la responsabilidad de ser escuchados en un futuro, de encontrar lectores como quien busca hojas bajo el árbol, hay que cuidar cedros y libros, autores y plantitas, porque ambos son frágiles, y porque ambos importan poco en una sociedad brutal, saturada de imágenes y de mitos ya contados, de tierra que quiere ser robada para especular, y de historias que son hurtadas sin consentimiento. Es obligación del fuerte proteger al pequeño, sobre todo si en el pequeño se alberga la semilla de la belleza, de la voz aún no contada. Y en cada libro cerrado, en cada árbol aún por plantar, se guarda, como en la caja de Pandora, la esperanza.

«... hay que cuidar cedros y libros porque ambos son frágiles, y porque ambos importan poco en una sociedad brutal, saturada de imágenes y de mitos ya contados, de tierra que quiere ser robada para especular, y de historias que son hurtadas sin consentimiento.»